

Inmaculada LÓPEZ CALAHORRO. *Gabriel García Márquez. El discurso de la debilidad. Cuatro lecturas desde el mundo clásico*. Granada: Universidad, 2016.

La obra de Gabriel García Márquez ha pasado a engrosar el canon de obras maestras del siglo xx y, en cierto modo, también de la literatura en español de todos los tiempos, sobre todo a partir de la calidad y de la enorme aceptación por parte de crítica y público de *Cien años de soledad* (1967). No es, por tanto de extrañar que se hayan hecho toda clase de lecturas de dicha obra a la luz de las tradiciones más influyentes en la cultura occidental: la tradición árabe en García Márquez, la cultura judía en García Márquez o la tradición greco-latina en la obra del genio colombiano.

Este último es el acercamiento que realiza la profesora Inmaculada López Calahorro en el libro que comentamos, desde un conocimiento profundo del tema —ya publicó otros trabajos parecidos sobre la obra de Francisco Ayala y Alejo Carpentier— y una indudable pasión por el mismo.

La autora parte de un concepto elaborado por la filósofa Martha Nussbaum en su obra *La fragilidad del bien*, cuando señalaba que «la peculiar belleza de la excelencia humana reside justamente en su vulnerabilidad». A partir de aquí, López Calahorro analiza la vulnerabilidad de los personajes de García Márquez, así como la lógica interna de sus obras más importantes y la «inconsistencia histórica» que las rige. Ayudada también por las consideraciones de Ernesto Volkening sobre García Márquez.

El mito fundacional es una constante en la historia de la cultura hispanoamericana. Distintos avatares históricos han hecho necesarias repetidas refundaciones en distintos momentos de su historia. La última coincide precisamente con los planteamientos teóricos del excepcional grupo de escritores en el que se integra Gabriel García Márquez, los fundadores de la «Nueva narrativa hispanoamericana» de la «Novela Totalizante» que intentaba explicar la realidad americana para intentar ponerla en el lugar del mundo que, según ellos, le correspondía. Un Mundo Nuevo proyectado desde una revista parisina con ese mismo nombre.

Nuestra autora, analiza ese mito fundacional en la obra de García Márquez, comparando los mitos clásicos elaborados en torno a la figura de Prometeo y el rol que en *Cien años de soledad* desempeña su principal protagonista: José Arcadio Buendía. Y así vemos como José Arcadio actúa como el Prometeo de la fundación profética, legendaria o como el Prometeo de los números y las letras o como el Prometeo civilizador o el rebelde, cuya rebeldía se manifiesta en la dialéctica entre la memoria y el olvido. López Calahorro contextualiza con mucho rigor y aprovecha sus argumentaciones en las elaboraciones teóricas y prácticas de contemporáneos de García Márquez con los que sabemos dialogó en sus obras: Alejo Carpentier, Franz Kafka o Albert Camus.

Más adelante, para analizar la «debilidad histórica» de Macondo, la autora se sirve de una parte de la comparación con el origen de uno de los pueblos más enigmáticos de la Antigüedad, los etruscos, y de otra de la existencia de los Libros proféticos Sibilinos o Libros fatales. No sólo se apoya en Tito Livio o en los textos de algunos especialistas en estos temas, sino que recurre igualmente a la contextualización literaria relacionando sus argumentos con el *Bomarzo* de Mújica Laínez o los *Atardeceres etruscos* de D.H. Lawrence. López Calahorro relaciona igualmente el carácter maldito de los Buendía, su éxodo y su desaparición final, con ciertas alusiones de Heródoto a los tirreno y lidios y a su huida de la invasión de los persas. Otros autores, la han relacionado con el éxodo y la persecución histórica del pueblo judío, pero yo pienso que la explicación es más cercana: el carácter fuertemente migratorio de las sociedades americanas y el destino provisional de las ciudades coloniales. Es decir, condiciones y características del establecimiento y desarrollo de las ciudades y las sociedades hispanoamericanas. Sirviéndose de Borges, de Suetonio y de otros estudiosos del mundo etrusco, la autora también relaciona los Libros Sibilinos con los papeles de Melquíades y con la estirpe maldita

de los Buendía, incluso con el número mágico, cien, que mediría dicha maldición.

En numerosas ocasiones, García Márquez insistió en su preferencia de Homero sobre otros autores de la tradición grecorromana. La autora rastrea las huellas de la obra homérica en el capítulo dedicado a «la debilidad épica y la tristeza del infierno», señalando su posible influencia en los cuentos de *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira*, en *Cien años...*, etc. Pero lo más interesante de este capítulo es cómo se relaciona una temática obsesiva en García Márquez, la dialéctica entre memoria y olvido con las obras de Homero y de Virgilio y el paralelismo entre la «bajada a los infiernos» y la llegada a Macondo de la estirpe de los Buendía y su caída en la tristeza.

En el capítulo final, la autora intenta demostrar-nos la importancia que tiene la tragedia griega en la obra del colombiano. Apoyándose en Saldívar y otros que señalaron la lectura apasionada y provechosa que García Márquez hizo de Sófocles, la autora nos señala la influencia del *Edipo en Colono* en *La hojarasca*, a pesar de la cita de *Antígona* que abre la novela, y más tarde en *El coronel no tiene quien le escriba* o el enigma edípico en *La Mala Hora* o una vez más en *Cien años de soledad*. Finalmente, apoyada de

nuevo en la lectura de Naussbaum, Virginia Woolf, Gilbert Murray e Ismail Kadaré señala la importancia de Esquilo y su sentido trágico más radical que nos lleva a algunas de las temáticas obsesivas del colombiano: la presencia de la muerte (aunque habría que decir que la muerte es una presencia constante en la historia de Colombia), pero también la ejecución de la muerte, la poética de los sacrificios, así como la tensión poética tan importante en la prosa característica de García Márquez.

En definitiva, este magnífico ensayo constituye un eslabón imprescindible en el estudio de la conformación de los imaginarios hispanoamericanos, rellenado un hueco entre la interpretación de la realidad hispanoamericana que se origina en la época de la conquista y la colonia a través de la lectura que los intelectuales y escritores renacentistas y barrocos hacen de los principios de la tradición grecorromana y los discursos que, a partir del siglo XIX, intentan constituirse como discursos fundadores –y refundadores– de una cultura y una literatura independientes y autónomas respecto a Europa.

Álvaro SALVADOR  
Universidad de Granada